

ÁREAS CULTURALES O REGIONES HISTÓRICAS EN LA EXPLICACIÓN DE RELACIONES SOCIALES DE PUEBLOS INDÍGENAS DE NICARAGUA Y COSTA RICA DE LOS SIGLOS XV Y XVI

Eugenia Ibarra Rojas

Correo electrónico: euibarra@racsa.co.cr.

Silvia Salgado González

Correo electrónico: silviasalgado@gmail.com

Recibido 15/11/09 Aceptado 03/03/10

Resumen

Este artículo discute el interés de la investigación arqueológica y etnohistórica actual de enfocar las relaciones sociales establecidas entre las sociedades de su interés, en contraste con la utilidad de los modelos de áreas culturales y de regiones históricas, en su posibilidad explicativa. Esto incluye la reflexión sobre los límites de las áreas culturales y sus variaciones a la luz de procesos de cambio social. Los objetivos principales son los de discutir los modelos de áreas culturales y regiones históricas desde una perspectiva teórica, señalando sus limitaciones. A la vez, deseamos demostrar que cuando el enfoque investigativo es sobre las relaciones sociales, los resultados modifican los límites de las áreas culturales. Terminamos con un ejemplo concreto de un estudio que enfoca las relaciones sociales.

Palabras clave: Arqueología, Etnohistoria, relaciones sociales, áreas culturales, region histórica.

Abstract

This article discusses the more recent interest of Archaeology and Ethnohistory to focus their research problems on the identification and development of social relations established within people who interact, than on cultural areas and historical regions. It demonstrates how explanatory possibilities are ampler when the research questions focus on social relations and not within the limits of cultural areas. We include an example of Pacific Nicaragua and Central Pacific Costa Rica in the 16th century.

Key words: Archaeology, Ethnohistory, social relations, cultural areas, historical region.

Introducción

La investigación arqueológica y etnohistórica actual presenta la tendencia a preocuparse por enfocar las relaciones sociales establecidas entre las sociedades de su interés. Por lo menos, las autoras de este artículo podemos colocarnos en esa situación. La experiencia de trabajar de esa manera resulta en la localización de cambios, mayores y menores, que conducen al cuestionamiento de los modelos de áreas culturales y de regiones históricas en su posibilidad explicativa. Esto incluye la reflexión sobre los límites de las áreas culturales y sus variaciones bajo la luz de procesos de cambio social.

Este artículo tiene tres objetivos principales, cuales son: 1) Contrastar los modelos de áreas culturales con los de regiones históricas desde una perspectiva teórica, considerando variaciones en los límites. 2) Explicar cómo el estudio de las relaciones sociales modifica los límites de las áreas culturales e ilumina complejos procesos de interrelaciones y 3) Presentar un ejemplo concreto con respecto a la “frontera” mesoamericana según el área cultural que lleva ese nombre, caso en el que convergen la arqueología y la etnohistoria.

Áreas culturales y regiones históricas

En la definición de áreas culturales en la América Nuclear, Mesoamérica (Fig. 1) ha permanecido como un referente para enmarcar el análisis del desarrollo histórico de sus pueblos. Como es conocido, Kirchoff (1943) empleó el conocimiento etnohistórico sobre las poblaciones situadas en el territorio mexicano y centroamericano, para establecer una lista de rasgos culturales y su distribución geográfica para delimitar Mesoamérica, y, convocó a los arqueólogos a investigar su profundidad histórica, es decir, a resolver el problema de su formación y cambios a través del tiempo. Desde entonces, algunos sitúan la frontera sureste de esa área como Kirchoff lo hizo, incluyendo la llanura del pacífico nicaragüense y del noroeste de Costa Rica¹; aunque, actualmente, es más aceptado definir el límite sureste en el territorio habitado por los pueblos mayas en el istmo centroamericano, a la altura del Río Lempa y el Valle de Copán o el Río Uluá.

Estos límites han variado de acuerdo con el enfoque utilizado para articular los aspectos sociales o culturales que integran el área, aunque uno de los aspectos llamativos es que, independientemente del marco conceptual con que trabajen los investigadores e inclusive de las preguntas que se formulen, la continúan considerando una construcción válida (Nalda, 1990). Jaime Litvak (1975), hizo una revisión del concepto de Mesoamérica desde la ecología cultural, viéndola no como una región integrada por una cultura común sino por relaciones de intercambio entre zonas ecológicamente diferenciadas, con sus límites definidos por la cambiante extensión e intensidad de esas relaciones. Otro caso es el análisis de Mesoamérica como economía mundo planteado por Blanton y Feinman (1984), ilustrando los diferentes criterios que pueden ser utilizados para definir su contenido y sus fronteras.

Rosemary Joyce (2003) considera que Mesoamérica fue producto de una estrecha interacción entre pueblos, que por eso desarrollaron valores y prácticas sociales comunes. Ella señala que rasgos típicamente mesoamericanos, como las canchas de juego de pelota, se encuentran también al este de los valles de los ríos Lempa y Ulúa en Honduras. Sugiere entonces que estos ríos, desde la perspectiva de los pueblos del área, no eran límites que los separaban sino rutas que los unían, un planteamiento sugerente. En este sentido, Joyce mantiene que la definición del límite sureste sigue siendo en extremo arbitrario.

Para delimitar los desarrollos culturales en la parte sur del istmo centroamericano los arqueólogos no han encontrado el mismo consenso y han formulado múltiples modelos (Fig. 1), entre ellos modelos como el Área Intermedia (Willey, 1959), Área Circumcaribe (Stewart, 1948), Baja América Central (Lange, 1984).

Recientemente dos nuevos modelos han sido propuestos. George Hasemman (1996) planteó una división del istmo centroamericano en tres zonas, al valorar que la división entre Mesoamérica y el Área Intermedia no representaba la complejidad de su desarrollo histórico ni aquel de área aledañas. La Zona Norte comprende a la primera área, la Zona Sur el Caribe y Centro de Nicaragua y el territorio de Costa Rica -con excepción de la Provincia de Guanacaste- y el territorio de Panamá. En el medio de ambas se encuentra la Zona Central caracterizada como una zona de transición con rasgos característicos y particulares, donde se nota una fuerte interacción con las zonas norte y sur. Esta delimitación buscaba disminuir las fronteras estáticas definidas para las dos áreas arriba mencionadas y, en cierta manera, coincide con la crítica de Joyce a la definición de la frontera sureste de Mesoamérica.

Otro modelo, denominado Área Istmo-Colombiana, ha sido propuesto por Oscar M. Fonseca (1992) y luego este autor en asocio con John W. Hoopes (Hoopes y Fonseca, 2003), para explicar el desarrollo histórico de pueblos originalmente enmarcados en el Área Intermedia, aunque hay que dar crédito a las propuestas anteriores de Bray (1984) sobre relaciones entre el istmo y el noroeste de Colombia y aún antes, a la propuesta de Wissler (1938) de un Área Cultural Chibcha.

En el más reciente planteamiento sobre las características del área histórica Hoopes y Fonseca (2003) establecen que la evidencia de continuidades genéticas, lingüísticas y arqueológicas indica la existencia de una "unidad difusa" de ideas y símbolos, es decir una visión de mundo compartida por los pueblos del área. Esta es una hipótesis que merece explorarse, pues en el estado actual de la discusión no consideramos probada. En concordancia con lo planteado por Joyce para Mesoamérica, consideramos que una situación de esta naturaleza, (o sea de una "unidad difusa") requeriría, a nuestro criterio, un proceso significativo de interacción social entre los pueblos del área desde su constitución, que como hemos dicho, los autores trazan hasta el periodo paleoindio. Cooke (2005) ya ha llamado a ser cautos en asumir una uniformidad cultural en periodos precerámicos, señalando diferencias importantes en los conjuntos artefactuales de, por ejemplo, los pueblos de las tierras altas del oeste y los del centro de Panamá. Este autor considera que la formación de áreas culturales o subáreas en la zona no se dio antes de 2500 a.C., un señalamiento con el que concordamos, en términos generales. Lo mismo podría señalarse para el caso del Formativo

Temprano y Medio, donde se han planteado dos esferas cerámicas, una con similitudes a los complejos cerámicos del norte de América Central y otra a los del sur de esa región y el norte de Suramérica (Corrales, 2000).

Cooke también ha señalado que más allá del uso heurístico de una supuesta área cultural, establecer relaciones entre reconstrucciones filogenéticas, lingüísticas y desarrollos arqueológicos no es una tarea simple. Una de estas dificultades se presenta porque no necesariamente hay una relación directa entre los conjuntos de tipos y estilos con que los arqueólogos frecuentemente definen las culturas arqueológicas y, lenguas o estructuras genéticas particulares.

Pensamos, hipotéticamente, que las similitudes iconográficas señaladas en el Área Istmo-Colombiana y, que se manifiestan a partir de unos siglos antes del inicio de nuestra era, se van expandiendo o ampliando conforme se presenta una mayor interacción entre grupos sociales. Una expresión más generalizada de esta iconografía se presenta en el contexto del desarrollo de sociedades con una complejidad social mayor entre el 300 y el 1550 d.C.

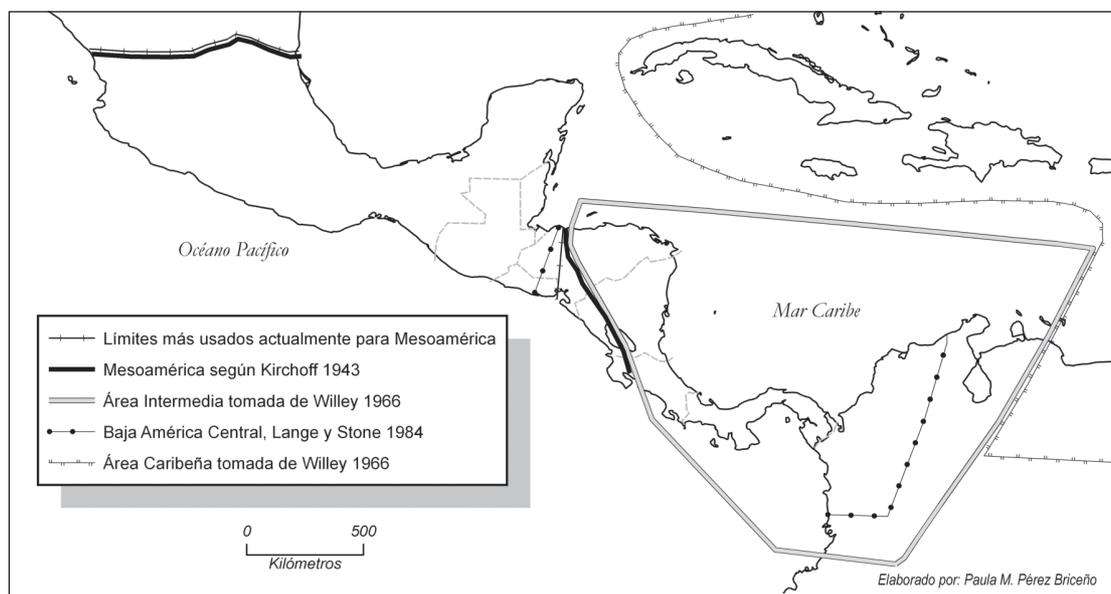
¿Cómo conceptualizar los límites de unidades socioculturales?.

La Geografía cultural es dinámica, forjada por desarrollos históricos en momentos concretos, donde pueblos con identidades étnicas y culturales diferentes establecen relaciones significativas desde el punto de vista social, económico y político. Eric Wolf (1982) argumenta que los sistemas socioculturales no son aislados o autónomos, o en sus propias palabras, no pueden ser vistos como bolas de billar que no sufren modificaciones al chocar con otras. Él sostiene que no hay sistemas culturales, sino actores humanos que implementan grupos de prácticas e ideas culturales en circunstancias concretas, las que pueden ser mantenidas o modificadas, dependiendo de su entorno histórico.

Fernand Braudel (1996 y 2001), ha señalado que las condiciones económicas y políticas contextualizadas históricamente ayudan a interpretar las interconexiones entre las culturas o civilizaciones. Él considera que estas estructuras históricas, entre las que incluye las áreas culturales, son espacios con estabilidad relativa en sus fronteras, pero que estas son permeables y permiten múltiples transferencias de ideas, bienes y prácticas. En ocasiones el proceso mediante el que se dan estas transferencias o difusiones transforma las fronteras de las civilizaciones. La concepción de Braudel del movimiento estructural o de "larga data", implica que la sociedad humana se desarrolla y cambia en diferentes momentos debido a diversas fuerzas impulsadoras y que para entender el desarrollo de una estructura histórica, es necesario su estudio temporal profundo.

En todo caso, la definición de límites en los universos estudiados, es una tarea difícil como ha sido señalado tanto por geógrafos, historiadores, antropólogos, entre otros. Cardoso y Pérez Brignol (1979) plantean que la única manera útil de emplear el concepto de región es mediante su operacionalización de acuerdo a variables e hipótesis, de manera que no sea vista como la única forma correcta de definir el espacio.

Figura 1
LOS LÍMITES DE ÁREAS CULTURALES DISCUTIDAS EN EL TEXTO



Fuente:

Kirchhoff, P. (1943). Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y características culturales. *Acta Americana* 1, 92-109.

Lange, F.W. y Stone, D. (Eds.) (1984). *The Archaeology of Lower Central America*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Willey, G. (1959). The "Intermediate Area" of Nuclear America: Its Prehistoric Relationships to Middle America and Peru. *Actas del XXXIII Internacional de Americanistas*, Vol 1 (pp.184-191), San José: Imprenta Nacional.

Ello, pues en última instancia toda delimitación territorial es una abstracción y porque las relaciones entre los seres humanos y el espacio son dinámicas, cambiando constantemente de acuerdo a factores demográficos, organización, tecnología y concepción del entorno. Por lo tanto, los límites definidos en cualquier caso deben ser vistos como construcciones relativas, que, además, no deben de ser interpretados como barreras infranqueables para la interacción entre los pueblos situados a ambos lados de los mismos. En el caso que nos ocupa, habría que reflexionar si la delimitación del área como región sería la misma desde el paleoindio al siglo XVI, cuando el cambio y la porosidad de las fronteras son constantes.

La identificación de relaciones sociales

La estructura y la dinámica de los sistemas sociales no pueden interpretarse apropiadamente, entonces, sin la identificación e interpretación de las relaciones sociales específicas. No podremos entender a los pobladores de la llamada Mesoamérica si no cuestionamos la llamada "frontera mesoamericana". Igualmente, no podremos entender la llamada Área histórica chibchoide o Área Istmo-Colombiana, mientras

no pongamos en contacto a los seres humanos que habitaron sus territorios, sus relaciones, su historia y nos centremos en seguirlos, ordenadamente, en su devenir. Ni tampoco avanzaremos mucho si no consideramos las relaciones de esos pobladores, por ejemplo, con los que habitaron las islas del Caribe. No creemos que se deban descartar la importancia que pudieron tener los contactos a larga distancia hasta que no se compruebe lo contrario.

Nosotras pensamos también que, además de partir de perspectivas regionales mayores, en términos metodológicos, los acercamientos al estudio de relaciones interétnicas son productivos, ahí cuando la información documental permite reconocer a las etnias y sus interrelaciones². Por una parte, la definición de las etnias permite visualizar sus interacciones, entre sus propios miembros y con otros. Posibilita conocer adónde viven, cómo viven y hasta dónde extienden sus relaciones. Pueden verse sus fronteras, con un sentido amplio del término: fronteras ¿geográficas, políticas, culturales? o ¿porosas zonas de interacción?

Consideramos que la identificación de rasgos comunes o similares distribuidos en zonas geográficas particulares puede ser un paso preliminar en las investigaciones arqueológicas, creemos que no hay que quedarse insertos ahí ni luchar años de años buscando límites o fronteras. Ni tampoco dedicar mucha energía buscándole una denominación. Nos parece que debemos emplear nuestros mejores recursos en la identificación de las relaciones sociales que nos conduzca a la comprensión de la dinámica de esas sociedades. Para eso hay que hacer precisamente lo contrario: salirse de ahí, ver alrededor, mirar a la gente, ver las sociedades vecinas, identificar los contactos y las interacciones entre sociedades y ampliar el contexto de interpretación.

La interpretación de las relaciones sociales

Explicaciones sobre la construcción de una frontera

A continuación vamos a presentar un ejemplo del empleo de una metodología interdisciplinaria entre la Arqueología y la Historia, una que trasciende las clásicas fronteras de áreas culturales y se enfoca en desmenuzar las relaciones sociales posibles de detectar desde ambas disciplinas. Tocamos de frente la frontera mesoamericana, su porosidad y las interacciones humanas identificadas en el siglo XVI. Este ejemplo, que llamamos del “despoblado de la Candelaria” (Fig. 2), representa una situación en la que el diálogo entre distintas disciplinas posibilita la construcción de hipótesis explicativas a los problemas detectados por la Arqueología y la Historia (Ibarra, 2002). Concretamente, nos referimos a los resultados de la prospección arqueológica del Proyecto Ciudad Colón-Orotina, zona geográfica que se visitó cuando se iba a construir esa carretera, en la que aparecen pocos sitios arqueológicos fechados entre el 1000 y el 1550 d.C. A su vez, las fuentes documentales describen la zona como “despoblada” en 1563, con lo que demostramos que, desde ambas disciplinas, se presenta una coincidencia entre ambos tipos de información.

Comenzamos el análisis de la situación comentada a partir de las palabras del propio Juan Vázquez de Coronado:

formada por varios cacicazgos que dependían de un cacique mayor, o, en este caso, de Garabito. En primer lugar hay que averiguar qué es un “despoblado” en el siglo XVI.

La definición que atribuyeron los conquistadores a un “despoblado” equivale a una descripción de áreas sin gente. Por ejemplo, en 1547 en Honduras cerca de Trujillo se describe una “tierra destruyda (sic) y despoblada de indios” (Leyva, 1991); en 1576, refiriéndose a historia de Copán en Honduras, el Lic. Palacio narra cómo “un gran señor de la provincia de Yucatán (...) se volvió a su tierra solo y lo dejó despoblado” (Fernández, 1881, 31-32). En todos los casos, sin gente. Hemos de suponer que en el despoblado de la Candelaria no había gente, por lo que en este trabajo exploramos la pertinencia de hablar de “espacios vacíos,” de “zona de frontera”, de “tierra de nadie” o de “tierra de todos” en el territorio en cuestión, en el siglo XVI.

A la vez, dado que el periodo que investigamos, coincide con el arribo de los grupos de origen mesoamericano a las áreas vecinas, nos cuestionaremos también si el arribo de esas gentes, provenientes del norte a Nicaragua y Nicoya cerca del 900 d. C., desplegó alguna influencia en el patrón de asentamiento reconstruido en los alrededores del “despoblado” en el siglo XVI.

Recapitulación de la Historia Antigua

Como primer paso hicimos un breve repaso por la Historia antigua de la zona desde el 900 d.C. hasta el siglo XV, observando los resultados de la Arqueología para las tierras bajas del Pacífico de Costa Rica. Desde una perspectiva general, podemos señalar que las sociedades indígenas centroamericanas sentían la influencia de los procesos surgidos a largas distancias, tales como la decadencia y la caída de Teotihuacán en el antiguo México, registrados entre el 700 y el 900 d. C. Sin duda, entre los efectos de tal cambio se dio la modificación de redes comerciales que habían favorecido interacciones por muchos años. Los cambios políticos y económicos que ocurrían en las sociedades de la península de Yucatán en el siglo XV también se hacían sentir. No obstante, la presencia de fragmentación política en la península de Yucatán, se continuó con importantes actividades comerciales junto a los pueblos de tierras adyacentes de la costa del Golfo de México y del Caribe (Helms, 1975, 104-110). Tales actividades de reconstitución política también continuaron por el lado del Pacífico. Un tanto modificado, el intercambio no cesó y eso lo evidencian las fuentes documentales. Por lo tanto, se mantuvieron y construyeron importantes interacciones que todavía mantenían su vitalidad en el siglo XVI.

No nos parece casualidad que en este periodo los pobladores de los territorios del Sur de América Central denotaron enorme interés por asentarse cerca de rutas, ríos y costas marinas, lugares privilegiados para desarrollar actividades comerciales con bastante éxito. La escogencia de estos sitios está arqueológicamente registrada³. Nuevamente, la Etnohistoria permite localizarlos en esas mismas áreas.

Los grupos de origen mesoamericano arribaron probablemente a partir del 900 d. C. en un momento que los cacicazgos del sur de América Central se encontraban en procesos de consolidación en aspectos relacionados al acceso a diversos recursos, de la defensa de sitios estratégicos y el control de rutas terrestres y marítimas para el intercambio y, otros espacios geográficos de importancia.

Investigaciones arqueológicas recientes, tanto en el Pacífico de Nicaragua como el noroeste de Costa Rica, arrojan resultados que algunos investigadores consideran como producto del arribo de los pueblos mesoamericanos, particularmente, de los cho-rotegas, a partir aproximadamente del 900 d.C.⁴ Este probablemente se dio por una serie de movimientos sucesivos, como parece ser en la mayoría de las migraciones, y no como un solo evento. En este caso, esos movimientos conformaron un proceso expansivo, como corriente de agua que avanzaba lentamente, posibilitándoles llegar años después a otras tierras bajas de la costa del Pacífico de Costa Rica y a Talamanca (Ibarra, 1990). En el presente, la Etnohistoria ha detectado su presencia ocasional hasta la península de Azuero en Panamá, lo que señalaría a la costa del Pacífico como área conocida y visitada por estos grupos (Ibarra, s.f., 70).

Su arribo se produjo en un momento en el que los cacicazgos del sur de América Central se encontraban en procesos de consolidación en aspectos relacionados con el acceso a diversos recursos, con la defensa de sitios estratégicos y con el control de rutas terrestres y marítimas para el intercambio y, otros espacios geográficos de importancia.

En su intento por no sucumbir entre esos "otros", estos pueblos mesoamericanos fueron desarrollando mecanismos para enfrentar sus necesidades de sobrevivencia. Con el paso del tiempo esto pudo generar cambios socioculturales, asemejándolos en algunos comportamientos a los antiguos pobladores de las tierras por donde pasaban. Los cambios asumidos pueden haberse expresado en la cultura material y en la vida social y económica de las gentes de esta zona en esa época, lo que habrá que investigar en un futuro. En los primeros contactos entre grupos culturales distintos debieron de haberse generado cambios, algunos de ellos perceptibles por la Arqueología y otros por la Etnohistoria, máxime cuando el proceso de asentamiento y acomodo de los recién llegados tomó siglos.

La Gran Nicoya

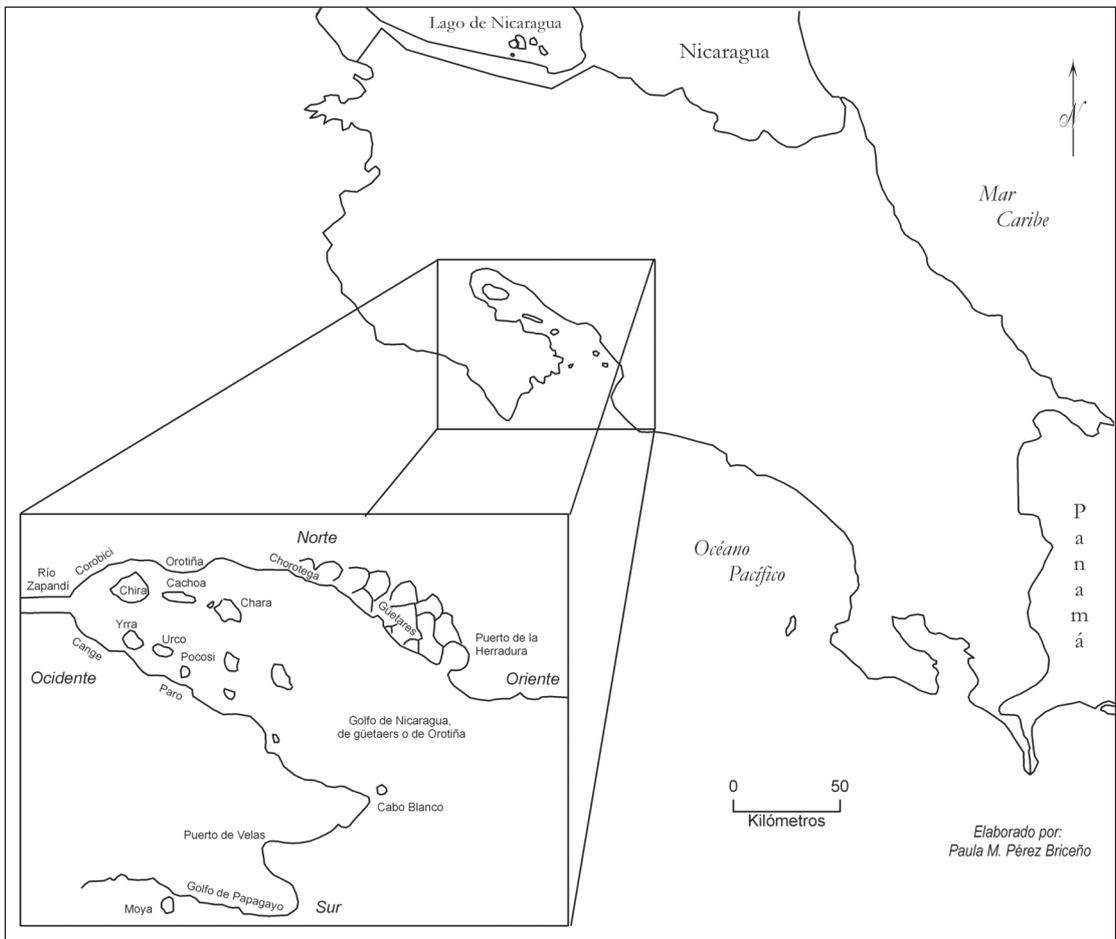
A partir aproximadamente del 900 d.C. en esta región, que incluye el noroeste de Costa Rica y del Pacífico de Nicaragua, se observan diferencias en la distribución y características de los asentamientos así como un crecimiento notable de la población en algunas regiones. Las ocupaciones se presentan notablemente en nichos costeros, ribereños, lacustres y en suelos con alta fertilidad en los que se dio la explotación y aprovechamiento de los recursos disponibles para la subsistencia (Lange, 1984, Vázquez, et.al., 1994.).

Las evidencias arqueológicas recobradas en algunos puntos del área señalan que las relaciones con pueblos de Honduras y Guatemala se intensificaron, debido no sólo a la presencia de similitudes en algunos ceramios policromos de Honduras y de Nicaragua, sino también a la importación de obsidiana de fuentes de ambos territorios (Salgado, 1996, Braswell, 1998). En Granada, particularmente en el sitio conocido como Tepetate, situado adyacente a la ciudad del mismo nombre en las costas del Lago de Nicaragua, se nota la producción local de núcleo navaja en obsidiana (Braswell, 1998, Salgado, Niemel, Guerrero y Román, 2007), una tecnología netamente mesoamericana, así como la producción especializada de figurillas cerámicas y soportes de vasijas

trípodes con moldes, un tipo de industria cerámica sin antecedentes locales y común en Mesoamérica (Weingfield, 2009). Los soportes cerámicos moldeados representan, supuestamente, a la deidad mesoamericana conocida como Ehecatl (McCafferty, 2005). En el sitio de Santa Isabel, en la provincia de Rivas, las investigaciones sobre cerámica indican también la presencia de iconografía del estilo Mixteca-Puebla, aunque no toda la iconografía o prácticas sociales reportadas son consideradas típicamente mesoamericanas (McCafferty y Steinnerber, 2008).

En términos de sociedades e interacciones, puede proponerse tentativamente que se producía lo que denominamos un proceso de "acomodo" entre nuevas gentes o sociedades por parte de algunos de los recién llegados, donde los mecanismos para integrarse pudieron ser de diversa naturaleza, inclusive forzosos.

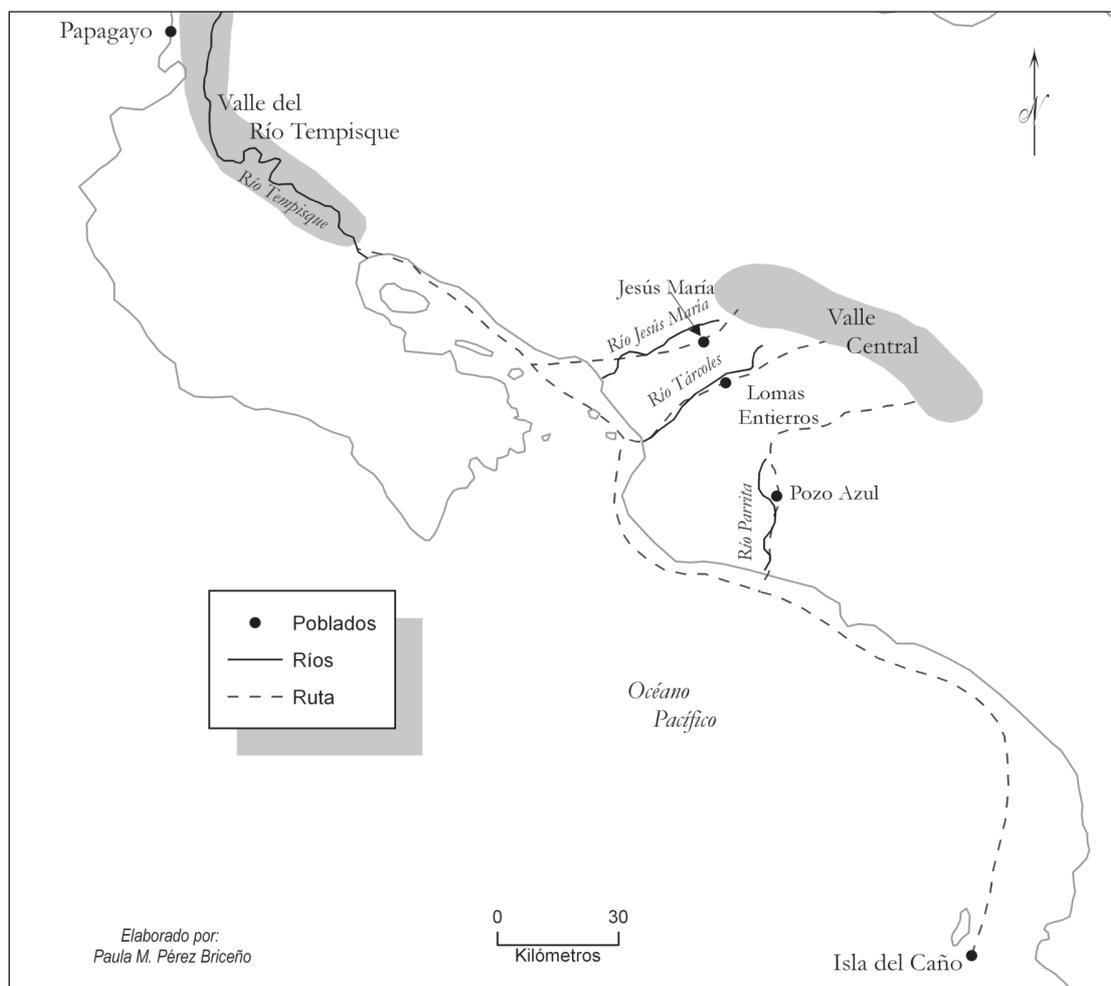
Figura 3
MAPA DE FERNÁNDEZ DE OVIEDO CON DETALLES DE PUEBLOS DEL GOLFO DE NICOYA



Fuente:

Fernández de Oviedo, G. (1946). *Sucesos y dialogo de la Nueva España*. 1ed. México: UNAM.

Figura 4
SITIOS DEL PACÍFICO CENTRAL
MENCIONADOS EN EL TEXTO Y RUTAS DE PASO HACIA EL VALLE CENTRAL



Fuente:

- Corrales, F. (1992). Investigaciones arqueológicas en el Pacífico Central de Costa Rica. *Vínculos*, 16 -17 (1-2), 1-29
- Corrales, F. y Quintanilla, I. (1996). The Archaeology of the Central Pacific Coast of Costa Rica, En Lange, F.W. (Ed.). *Paths to Central American Prehistory*. Niwot: The University Press of Colorado
- Solís, F. y Herrera, A. (1992). Lomas Entierros: Un Centro Político Prehispánico en la Cuenca Baja del Río Grande de Tárcoles. *Vínculos*, 16 -17, (1-2), 85-110.

El periodo arqueológico comprendido entre el 1350 y 1550 d.C.⁵, presenta continuidades aunque pareciera que ocurrió o una disminución de población en algunas regiones o un reacomodo de centros poblacionales y de etnias. Por ejemplo, mientras se nota una disminución de sitios en algunas zonas del noroeste de Costa Rica como la Bahía de Culebra, en la Bahía de Salinas el fenómeno contrario sucedió (Vázquez, et.al., 1992). Asimismo, en la zona de la cordillera de Guanacaste, a la altura de Tilarán, hay un cambio en la dirección de la interacción de estos pueblos con otros de zonas aledañas, disminuyendo o cesando aquella con los pueblos de las tierras bajas

Figura 5
EJEMPLO DE ALTIPLANO POLICROMO (izquierda) Y DE BIRMANIA POLICROMO (derecha)



de Guanacaste e intensificándose con de las tierras bajas del Caribe y el Valle Central (Hoopes, 1984 y 1994). Las fuentes documentales indican conflictos interétnicos por el control del Golfo de Nicoya, lo que señala con mayor énfasis el interés por controlar importantes puntos de movilización, comunicación e intercambio (Ibarra, 1988). Este aspecto es fundamental para tratar de explicar la dinámica de estas sociedades,

En regiones como Granada, en el Pacífico de Nicaragua, disminuyó la presencia de artefactos de obsidiana, lo que podría indicar un cierto decaimiento en las relaciones con pueblos de Guatemala. A la vez ello sugiere que los grupos de origen mesoamericano parecen estar dirigiendo su atención hacia los pueblos del sur de América Central y hacia otros bienes materiales y simbólicos, tal vez como el oro, elemento que nutría de manera importante las redes de intercambio y las relaciones sociopolíticas generales del área⁶.

En este periodo son prácticamente inexistentes los materiales cerámicos de otras áreas de Costa Rica en el Pacífico Norte, aunque sí de esta última en otras partes de Costa Rica. Tampoco hay evidencia arqueológica de otros restos o bienes de la zona en el Pacífico norte, pues es posible que muchos fueran perecederos y no se conservarían, lógicamente. En términos de identificación étnica en el siglo XVI, podemos señalar a los chortegas y a los huetares como gestores de esos movimientos. Otros grupos de indígenas son mencionados por Fernández de Oviedo menciona además en el Golfo de Huetares, grupos chibchenses como Corobicí y Orotiña (Pérez, 1976) (Fig. 3), pero la predominancia política de los huetares probablemente explica que en la documentación colonial sean el grupo resaltado en los siglos XV y XVI.

El movimiento de la cerámica gran nicoyana hacia el Pacífico Central y el Valle Central, parece haber sido una actividad practicada todavía en 1529. Juan de Castañeda afirma que los indígenas de la zona del Pacífico Norte y Golfo de Nicoya llevan cerámica a los de la sierra, o huetares (Peralta, 1883). Desafortunadamente, Castañeda no aclara si recibían algo a cambio los chorotegas o qué se les daba por su cerámica. ¿Sería oro? Podría ser. En 1536 el cacique de Nicoya todavía tenía posibilidades de obtener del oro que entraba por el Golfo de Nicoya (Vega, 195, 213). También, en 1560 se afirma que "la tierra que confinaba con aquellos Chomes, que se dicen Güetares, era tierra rica y que los indios della traían orejeras y patenas de oro" (Fernández, 1881, 100).

Podemos proponer que diversas etnias que se encontraran viviendo cerca de puntos estratégicos en las redes de caminos, entrecruzados por ríos o vías terrestres, harían el mayor esfuerzo por controlar los bienes que entraban o salían por esos puntos, utilizando los mejores y más valiosos recursos para alcanzar el desarrollo de sus diversos intereses (Ibarra, 1988). Las relaciones que mediatizaban eran de naturaleza económica, comercial o de intercambio, entre los productos de diversas zonas ecológicas.

Pero, al estar situadas en una posición intermedia en los circuitos de intercambio se les facilitaba también la difusión de conocimientos. Abrir o cerrar, dejar salir bienes, sostenerlos o hacerlos circular rápidamente formaría parte del juego político, lo que se traduciría en un manejo estratégico de los recursos con el fin de obtener distintos beneficios. Ello podría contribuir a la explicación de la preferencia por la ocupación de las tierras bajas, costeras, en el Pacífico.

El Pacífico Central de Costa Rica

Por otro lado, en el Pacífico central, entre el 900 al 1550 d.C., se encuentran numerosos sitios, algunos de ellos de mayor extensión y con montículos, basamentos y calzadas, lo que denota un mayor control de la fuerza de trabajo y una jerarquización de asentamientos (Corrales, 1992, 18). De forma interesante, el número de sitios en esta zona creció significativamente con respecto al periodo precedente (300-900 d.C.), durante el cual ya habían surgido las primeras claras manifestaciones de sociedades cacicales (Corrales y Quintanilla, 1996). Estos desarrollos se contraponen a otros sectores del Valle Central donde aparentemente hay un proceso de nucleación de la población en menos sitios (Fonseca, 1992, Murillo, 2009).

Destacan en el Pacífico Central sitios con arquitectura de basamentos circulares y rectangulares con muros bajos de piedra, calzadas y otros elementos arquitectónicos, que son además más extensos que aquellos sin arquitectura. La arquitectura de estos sitios, en sentido general, se asemeja a la encontrada en otras regiones al sur y este, del actual territorio costarricense. De estos sitios, resaltan particularmente dos, conocidos como Lomas Entierro (Solís y Herrera, 1992) y Pozo Azul (Corrales, 1992), el primero ubicado en el Río Grande de Tárcoles y el segundo en el Río Parrita, ambos ríos pasos naturales hacia el Valle Central (Fig. 4). Lomas Entierros, fue una aldea extensa y compleja ubicada en una zona montañosa de pendiente abrupta en frente del río Tárcoles, a unos 10 kilómetros de su desembocadura. Su emplazamiento permite un

amplio control visual del territorio y sugiere una posición estratégica de defensa y control del río por el papel que este tenía como vía de acceso al área central del país. Por otro lado, Pozo Azul, situado a unos quince kilómetros de la costa en la confluencia del río Candelaria y del Pirrís en el valle de Parrita, también presenta una ubicación que permite el control del territorio y el paso de bienes y personas, su posición defensiva está reforzada no sólo por su ubicación, sino también por la aparente presencia de una pared estacada que lo rodea (Corrales y Quintanilla, 1996). Los restos de vasijas policromas provenientes de la Península de Nicoya, en estos sitios constituyen hasta un 35% del total de la cerámica decorada.

Distribución de cerámica nicoyana en la Región Central

Como ya notamos anteriormente, a partir del 900 d.C. se da una intensificación significativa del movimiento de vasijas cerámicas producidas en su mayoría por artesanos de los pueblos de la Península de Nicoya, siguiendo la misma tradición cerámica policroma iniciada entre el 500 y el 800/900 d.C., de lo que podemos deducir que fueron pueblos de la región, probablemente hablantes de lenguas chibchas, quienes la elaboraron. Revisando la distribución en el noroeste de Costa Rica de esta cerámica, es claro que esta es mayor hacia el sur de Guanacaste, incluyendo el Valle del Tempisque y las áreas costeras de la Península de Nicoya, que en la parte norte donde su presencia disminuye notablemente⁷. Esta aparece en esa época en los sitios del Pacífico Central arriba mencionados, y en algunos sitios del delta de Sierpe/Diquís como Palmar (Badilla, Quintanilla y Fernández, 1998), así como en la Isla del Caño (Finch y Honetschlager (1982-1983). Pero además, y posiblemente a través de las rutas antes mencionadas, se encuentra también en sitios centrales o importantes de las sociedades cacicales en el Valle Central como Cenada (Blanco y Vargas, 1978), La Rivera (Valerio, 2001), La Itaba (León, 2009), Aguacaliente (Peytrequín y Aguilar, 2006), Guayabo (Aguilar, 1972), y del Caribe Central como Numancia (Stone, 1977), Las Mercedes (Hartman, 1901, Vázquez y Chapdelaine, 2008), Williamsburgh (Hartman, 1901, Corrales y Gutiérrez, 1986), y Nuevo Corinto (Hoopes, Salgado, Arias y Maloof y Aguilar, 2009), entre otros.

Los tipos más frecuentes son las variedades Mora y Chircot del Mora Policromo, el Birmania Policromo, el Altiplano Policromo (Fig. 5) y en menor frecuencia otras variedades de Mora Policromo, el Guillen Negro sobre Canela, el Jicote Policromo, el Papagayo y el Pataky Policromo, estos últimos dos supuestamente manufacturados en el Pacífico de Nicaragua (Bishop, 1994, Bishop, Lange y Lange, 1988). Aunque se encuentran también en contextos domésticos pareciera más común encontrarlos en contextos funerarios.

El tipo Altiplano Policromo merece algunos comentarios particulares. Este tipo, se produce en la forma de escudillas hemisféricas poco profundas y en platos trípodes, esta última forma pareciera bastante común en contextos funerarios del Valle Central. Los diseños de Altiplano han sido comentados por la historiadora de arte Rebecca Stone-Miller (2002, 99-100), quien sostiene que su distribución y forma sobre el interior de escudillas y platos, presenta una experiencia visual alucinante, con combinaciones

de diseños geométricos y figuras en movimiento que quizás representan el viaje de transformación de un chamán. Las vasijas en forma de plato muy probablemente pudieron ser usadas, si la interpretación iconológica de Stone-Miller es correcta, para presentar objetos sólidos con importancia ritual o inclusive alucinógenos. Las vasijas en forma de plato del tipo Mora Policromo, variedad Chircot, también son llamativas por su contenido iconográfico con figuras que podrían representar también chamanes o seres cosmológicos. Las vasijas de Altiplano tienen semejanzas generales en la predominancia de formas de plato, el uso de color crema-amarillento de base, así como en los colores de pintura usados para ejecutar los motivos iconográficos con la cerámica Macaracas (800-1000 d.C.) de Panamá Central. Labbé (1995) y Stone-Miller (2002, 99-100) también han relacionado los motivos de Macaracas con expresiones chamanísticas o cosmológicas.

Situando este movimiento de cerámica dentro de un periodo de consolidación de cacicazgos y de la producción metalúrgica en regiones aledañas, como el Pacífico Sur y Panamá, pensamos que quizás la presencia de la cerámica nicoyana en territorios dominados por grupos chibchoides, puede relacionarse más bien con un periodo de ampliación de alianzas entre miembros de la elite de cacicazgos que podrían entender a los mesoamericanos como foráneos amenazantes⁸. De hecho, fuentes etnohistóricas indican que grupos de origen mesoamericano de Nicaragua eran temidos por sus incursiones violentas para obtener bienes, entre ellos oro, a diversas regiones de Costa Rica y Panamá (Jopling, 1994) y es posible que artefactos de oro encontrados en sitios Maya del periodo posclásico, como es el caso del Cenote Sagrado de Chichén Itza (Piña, 1980, 148), fueron comerciados por poblaciones de origen mesoamericano que habitaban en Nicaragua y Guanacaste.

¿La construcción de una frontera?

Desde el 1350 al 1550 d. C. aparecen todavía materiales cerámicos de Guanacaste en esa área aunque en menor cantidad, lo que señala un decaimiento que podría ser explicado en términos de conflictos interétnicos, controles políticos por parte de los huetares y una posible defensa del territorio. Sugerimos que los procesos de cambio observados por los arqueólogos en el comportamiento de la distribución de la cerámica nicoyana –ese decaimiento mencionado más arriba– puede ser uno de los resultados de la presión ejercida por los chorotega-mangues sobre los huetares entre el 900 y el 1550 d.C.

La presión de los chorotegas se pudo haber manifestado en intentos de ocupación permanente de áreas de territorio del cacicazgo de Coquiva y señorío de Garabito, localizado hacia el sur de la propuesta ruta del Camino de las Mulas en esa área y cerca de puntos estratégicos del curso de los ríos Tárcoles y Naranjo. Después de todo, llevaban años viajando hacia el sur. Podría tratarse de la invasión de territorios huetares. Una menor cantidad de cerámica nicoyana podría estar relacionada con una menor presencia de chorotegas en esa área o de una interacción menos frecuente que la observada algunos siglos antes. Podría también vincularse con una disminución de

la población chorotega debido a epidemias causadas por la presencia española en el sur de América Central (Ibarra, 1988).

Otros autores también apoyan la idea de la presencia de una invasión chorotega en territorios huetares, relacionándola con la explotación de la sal como práctica antigua por parte de los primeros (Molina, 1993, 91-97). A pesar de que no están claras las motivaciones por las que los chorotegas se habrían introducido allende las islas del Golfo de Nicoya, en zonas costeras cercanas al Puerto de Landeche, sus andares y desplazamientos –documentados histórica y arqueológicamente– así como su clara presencia en la costa del Pacífico Central de Costa Rica en el siglo XVI, sugieren con fuerza tal posibilidad. Llegar a asentarse allí pudo obedecer a motivaciones de las conveniencias comerciales de la época, entre otras.

Dada la presencia de pueblos de posible origen chibchense (corobicíes, ¿y los de Paro?) en las zonas aledañas al Golfo de Nicoya, como lo hemos dicho antes, interpretamos los ceramios nicoyanos pueden haber sido fabricados por ellos y el movimiento de estas cerámicas pueden haberse dado con la finalidad de intensificar alianzas con pueblos del Valle Central --huetares-- para enfrentar grupos amenazantes, como los chorotegas.

Michael J. Snarskis ha plantado que en el río Tárcoles, paso natural hacia el Valle Central, se ubicaron comunidades “umbral” o portón (Snarskis e Ibarra, 1985), lo cual ha sido sustentado por las investigaciones ya mencionadas de Francisco Corrales y sus colegas (Corrales, 1992, Corrales y Quintanilla, 1992 y 1996, Solís y Herrera, 1992⁹, quienes encontraron sitios con arquitectura y gran presencia de cerámica producida en zonas aledañas de Guanacaste, ubicados estratégicamente en puntos de control y defensa del paso por el Río Tárcoles en rutas hacia el Valle Central. Eso hace más comprensible la existencia de conflictos interétnicos, surgidos probablemente en el momento en que los chorotegas amenazaron seriamente el territorio huetar. Los ecos de estas guerras parecen haber llegado a oídos de Juan Vázquez de Coronado en el siglo XVI, quien hace mención al conflicto en ciernes. Es probable que esos desacuerdos contribuyeran a la formación de un “despoblado”, debido a que dicho territorio pudo haberse convertido en una frontera.

La amenaza territorial que pudieron efectuar los chorotegas sobre los huetares podría aclararse con la siguiente cita de Juan Vázquez de Coronado de 1563:

Llegué a la provincia de Pacaca; tuve entendido que me recibirían bien; hallelos alzados y por no saber si servían en esta ciudad no paré en buscarlos. Hallé aquí un cacique con nueve indios mangués y sus mujeres e hijos, que son por todos 26, que no han quedado más de seis o siete mil indios que estaban poblados en la Churuteca y Orotina, que todos los han muerto y sacrificado los huetares. Y estos no pasará año que no murieran todos: saquelos de allí con lágrimas de contento, poblelos cabe al puerto de Landeche, que es en la Churuteca, propia tierra suya (Vázquez de Coronado, 1964, 38).

Vale la pena desmenuzar esta cita textual. De las palabras anteriores se desprende claramente que Juan Vázquez de Coronado rescató a los chorotega-mangués que se encontraban en Pacaca. Ignoramos qué tipo de transacciones tuvo que efectuar

para obtener estos prisioneros de guerra de los huetares, valiosos “tesoros” que, en esos cacicazgos, solamente se obtendrían a cambio de algo. No solo los rescató sino que los llevó a lo que parece haber sido la “propia tierra suya” junto a o cerca del Puerto de Landecho, en todo caso, en la banda oriental del Golfo de Nicoya.

El conquistador menciona que de seis o siete mil indígenas solamente quedaban veintiséis, pues todos los habían matado los huetares, lo que podría darle más antigüedad al problema entre ambas etnias. Además, estos movimientos conflictivos, en gran parte, debieron estar motivados por el tráfico y tránsito comercial que se desarrollaba en los ríos y mares del Pacífico de Costa Rica antigua, donde el oro debió de haber desempeñado un papel primordial. La evidencia parece señalar, además, el intenso esfuerzo desplegado por los huetares en un afán de controlar la entrada hacia el Valle Central y hacia el golfo de Huetares o de Nicoya en el siglo XVI (Ibarra, 1988). El “despoblado” descrito en las fuentes de 1563 podría encontrar una explicación como una zona de frontera en el que se daba el contacto, aparentemente en forma de choque en ciertos momentos, de dos etnias culturalmente distintas.

El despoblado de la Candelaria y la frontera mesoamericana

Al analizar la información arqueológica y documental considerada en los apartados anteriores, así como la situación espacial del área en investigación, su localización entre dos culturas diferentes, y las interacciones identificadas entre los miembros de ellas, proponemos que nuestros análisis nos sugieren que, en el caso estudiado, estamos ante parte de un proceso de construcción de una frontera. En la actualidad una frontera puede concebirse como un espacio vacío, sin gente, despoblado. Pero también como un área de transición sociocultural interétnica, donde las implicaciones de encuentros y desencuentros pueden explicar la desocupación directa de un territorio, sin que ello signifique que el espacio no pueda ser utilizado ocasionalmente para el desarrollo de diversas actividades. Dado que en esa área del señorío de Garabito parecen haberse efectuado transacciones comerciales así como guerras, la propuesta en estas páginas iría orientada hacia la consideración de la construcción de una frontera porosa. En ello participaron, sin duda alguna, huetares y chorotegas durante algún tiempo. En otros términos, se trata del traslape de los mesoamericanos con los chibchoides. Es el espacio de encuentro de dos culturas distintas. Entre los años 1519-20 y 1561, hay unos 41 años; el mapa de Gonzalo Fernández de Oviedo, dibujado aproximadamente en 1527 o 1528, señala la ocupación chorotega en la banda oriental del Golfo de Huetares. Oviedo afirma que inclusive los pobladores de Orotiña son chorotegas (Fernández de Oviedo, 1946, 460). Ello colocaría la ocupación de esa etnia en la banda oriental del Golfo hasta parte del Pacífico Central tan atrás como en 1527, a diferencia de lo planteado por Kirchoff en 1940, que no considera esta última zona.

Hasemann y Lara-Pinto (1993, 140) observan cómo el límite propuesto empezó a desplazarse hacia el oriente de Honduras a la luz de resultados de nuevas investigaciones arqueológicas. En nuestros estudios, los resultados de la investigación etnohistórica bien pueden estar colocándonos en una situación similar a la comentada en Honduras, donde el límite sur de Mesoamérica se puede trazar en una zona fronteriza

que incluya “el despoblado de la Candelaria” y que talvez abarque más territorio del Pacífico Central de Costa Rica. Quedaría pendiente una minuciosa investigación arqueológica que contraste esta hipótesis. Sería esperable identificar situaciones como las que plantean dichos autores para una parte de esa área cultural, a saber, intrusiones y posibles retiradas mesoamericanas que llegaron a través del comercio, migraciones y guerras.

Podríamos hablar de una “frontera cultural” en el sentido de que las fronteras están asociadas con entidades políticas complejas, como las áreas de penetración, de intrusión, de flujo y cambio a través del tiempo y el espacio, y el intercambio de bienes e ideas. Aún así, dentro de un área de frontera, la explicación de los des poblados citados en las fuentes documentales, debe ser aproximada desde varias perspectivas.

En el caso de la Candelaria, reportado en 1563 como despoblado, deben tomarse en consideración algunos elementos más, a saber: 1) Poca densidad poblacional debida a las epidemias que bien pudieron haber afectado a los habitantes de la zona a mediados del siglo XVI; 2) la zona pudo resultar poco atractiva para ser habitada debido a su geografía física (terrenos muy quebrados y empinados, por ejemplo); 3) se trataba de una zona de frontera caracterizada por relaciones interétnicas conflictivas, surgidas siglos antes y todavía palpitantes en 1563; y 4) la ocupación de sitios más cercanos a puntos de encuentro de rutas marítimas, terrestres y fluviales, cerca de la costa, eran preferidas dada la importancia del intercambio en la época. Por ejemplo, era mejor asentarse más cerca de las costas.

El despoblado del Pacífico Norte a mediados del siglo XVI podría también obedecer a una poca densidad poblacional por causa de las epidemias. En este caso, hemos de observar que cuando Gil González Dávila pasó por allí en 1522 menciona poblaciones desde Nicoya hasta Papagayo, de las que no se vuelve a saber más en las fuentes de la época, incluyendo las de 1563 (De Cereceda, 1883, 29-30). Dadas las relaciones de intercambio y otras actividades sociopolíticas, es muy probable que durante el transcurso de esos 41 años las epidemias se hubieran transmitido velozmente de otros centros de población de Nicaragua hasta esas poblaciones, diezmándolas.

Por último, el despoblado que se observa en el siglo XVI entre los cacicazgos de Quepo y Boruca puede obedecer a causas como las anteriores, pero también habría que considerar conflictos inter cacicales en zonas fronterizas. Quedan abiertas puertas para que la Arqueología y otras disciplinas participen en la resolución del problema de ese “despoblado”.

En síntesis, la explicación de la presencia de una frontera entre gentes de origen mesoamericano en su traslape con gentes de origen chibchoide ha requerido de una minuciosa y rigurosa investigación interdisciplinaria, con el énfasis en las relaciones sociales y en la dinámica de las sociedades a través del tiempo. Esto incluye tomar en cuenta invasiones, guerras, conflictos, intercambios varios, y los cambios socioculturales que sin duda ocurrieron como resultado del encuentro de etnias diferentes.

El caso aquí presentado no hubiera sido objeto de análisis si nos hubiéramos adscrito a conceptos tradicionales de áreas culturales o regiones históricas, donde se tiende a definir límites fijos más que fronteras, donde se privilegian los aspectos culturales sobre los políticos y económicos, y por lo tanto se subestima y se oscurece toda la gama de interacciones entre los diversos grupos sociales que interactúan en

la geografía cultural de una región. Estas interacciones pueden o no constituirse en interacciones sistémicas que conducen a transformaciones sociales importantes para los grupos involucrados, pero nunca las entenderíamos si consideramos, como tantas veces se ha hecho en estudios sobre los pueblos antiguos de América Central, que sólo los factores “endógenos” de una área cultural fueron relevantes para estudiar el cambio social,

Agradecimientos

Silvia Salgado González manifiesta su agradecimiento inmenso a Ivannia Monge Naranjo por su generoso apoyo en la fase inicial de preparación de este manuscrito, así como a John W. Hoopes quien brindó acceso a bibliografía importante en la fase final de escritura del mismo. Asimismo, hacemos manifiesta nuestra gratitud a Magdalena León, quien sugirió el uso de imágenes sobre ceramios de Guanacaste y al Museo Nacional, a través de su directora Patricia Fumero, quien autorizó el uso de imágenes de ceramios de la colección de dicha institución.

Notas

1. Por ejemplo ver Carmack y Salgado (2006).
2. Ver, por ejemplo, Ibarra (2001).
3. Por ejemplo, Vázquez, et.al. (1992, 2) y Corrales (1992, 2).
4. Ver, por ejemplo Salgado (1996), Niemel (2003), Carmack y Salgado (2006), Niemel, Román y Salgado (1997).
5. Extensas series radiométricas en sitios de Rivas y de la Bahía Culebra han dado fechas más tempranas a los complejos artefactuales asociados a este periodo, ver por ejemplo McCafferty y Steinbrenner (2005) y Solís y Herrera (2008). Ello arroja dudas sobre cuáles son los sitios que realmente pertenecen al mismo, sin embargo, hasta que ello no se aclare con solidez, usamos la información arqueológica de los sitios que han sido asociados hasta ahora al mismo.
6. Ver por ejemplo Ibarra (2003), Quintanilla y Fernández (2003).
7. Ver por ejemplo Baudez (1967), Sweeney (1975).
8. Discusiones previas sobre la presencia de cerámica nicoyana en el Pacífico Central, el Valle Central y el Caribe han sido sostenidas por varios investigadores, las principales referencias pueden ser consultadas en Lange (1983), Snarskis e Ibarra (1985), Corrales y Quintanilla (1992 y 1996). Nuestra posición se acerca más a la de Frederick W. Lange, quien sostiene que la presencia de ceramios nicoyanos en sitios del Valle Central no fue producto de motivaciones económicas de intercambio, sino más bien de razones políticas.
9. Corrales 1992, Ibid, Corrales y Quintanilla, 1992 y 1996, Solís y Herrera 1992.

Referencias

- Aguilar, C. (1972). *Guayabo de Turrialba*. San José, C.R.: Editorial Costa Rica.
- Badilla, A. Quintanilla, I., y Fernández, P. (1998). Hacia la conextualización de la metalurgia en la subregión arqueológica Diquís: El caso del sitio Finca 4. *Boletín del Museo del Oro* 42, 113-137.
- Baudez, C F. (1967). Recherches archéologiques dans la Vallée du Tempisque, Guanacaste, Costa Rica. París: Travaux et Memoires de la Vallée du Tempisque, Guanacaste, Costa Rica. *Travaux & Memoirs de l'Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine* 18.
- Bishop, R.L. (1994). Análisis de composición de la cerámica en el sur de América Central. *Vínculos* 18-19 (1-2), 9-30;
- Bishop, R.L.; Lange, F.W., y Lange, P.C. (1988). Ceramic paste compositional patterns in Greater Nicoya pottery. En Lange, F. (Ed.). *Costa Rican Art and Archaeology. Essays in Honor of Fred Mayer* (pp.11-44). Colorado, Boulder: Johnson Publishing.
- Blanco, A. y Salgado, S. (1978). Rescate arqueológico del sitio 26-CN-Barrial de Heredia. En *V Centenario de Gonzálo Fernández de Oviedo, Memoria del Congreso sobre el Mundo Centroamericano de su Tiempo* (pp. 133-138). Nicoya - San José, C.R.: Editorial Texto.
- Blanton, R. y Feinman, G. (1984). The Mesoamerican World-System. *American Anthropologists* 86, 673-682.
- Braudel, F. (1996). *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Braswell, G. (1998). La producción y comercio de obsidiana en Centroamérica. Ponencia presentada en el Primer Congreso de Arqueología de Nicaragua, Managua.
- Braudel, F. (2001). *The Mediterranean in the Ancient World*. London: Penguin Books.
- Bray, W. (1984). Across the Garién Gap: A Colombian View of Isthmian Archaeology. En Stone, D.Z. y Lange, F.W. (eds.). *The Archaeology of Lower Central America* (pp. 305-388). Albuquerque, SAR, University of New Mexico Press.
- Callaghan, R. y Warwick B. (2007). Simulating Prehistoric Sea Contacts between Costa Rica and Colombia. *The Journal of Island and Coastal Archaeology*, 2 (1), 4-23.
- Cardoso, C.F. y Pérez, H. (1979). *Historia Económica de América Latina Vol. I*, Barcelona: Editorial Crítica.
- Carmack, R. y Salgado, S. (2006). A World-Systems Perspective on the Archaeology and Ethnohistory of the Mesoamerican/Lower Central American Border. *Ancient Mesoamerica*, 17(2), 219-229.
- Cooke, R. (2005). Prehistory of Native American son the Central American Land Bridge: Colonization, Dispersal and Divergence. *Journal of Archaeological Research* 13 (2),129-187.
- Corrales, F. (2000). *An Evaluation of Long Term Cultural Change in Southern Central America: The Ceramic Record of the Diquís Archaeological Subregion, Southern Costa Rica*. Tesis Doctoral en Antropología, Departamento de Antropología, Universidad de Kansas.
- Corrales, F. (1992). Investigaciones arqueológicas en el Pacífico Central de Costa Rica. *Vínculos*, 16 -17 (1-2), 1-29.
- Corrales, F. y Gutiérrez, M. (1986). Williamsburgh: Evaluación general de un sitio multicomponente del Atlántico Central de Costa Rica. *Vínculos*, 12(1-2), 21-38.
- Corrales, F. y Quintanilla, I. (1996). The Archaeology of the Central Pacific Coast of Costa Rica. En Lange, F.W. (Ed.). *Paths to Central American Prehistory*. Niwot: The University Press of Colorado.
- Corrales, F. y Quintanilla, I. (1992). El Pacífico Central de Costa Rica y el Intercambio Regional. *Vínculos*, 16 y 17 (1-2), 111- 126.

- de Cereceda, A. (1883). Itinerario y cuentas de Gil González Dávila por el Tesorero Andrés de Cereceda. En Peralta, M.M. *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI. Su historia y sus límites*. (pp. 27-32). Madrid: Librería de M. Murillo.
- Fernández Guardia, R. (1964) *Cartas de Juan Vázquez de Coronado*. Barcelona: Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1908, nuevamente publicadas por la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. San José: Imprenta Nacional.
- Fernández, L. (1881). *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica, Tomo 1*. San José: Imprenta Nacional.
- Finch, W.O. y Honetschlager, Kim (1986). Preliminary Archaeological Research, Isla del Caño. En: Lange, F. W. and Norr, L. (Eds.) *Prehistoric Settlement Patterns in Costa Rica. Journal of the Steward Anthropological Society* 14 (1982-1983). Urbana, ILL, Steward Anthropological Society, pp. 189-206.
- Fonseca, O. (1992). Historia Antigua de Costa Rica: Surgimiento y caracterización de la primera civilización costarricense. *Colección Historia de Costa Rica*. San José, C.R.: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Hasemann, G. (1996). El ambiente y las culturas precolombinas. En Haseman, G, Lara Pinto G. y Cruz Sandoval F. *Los Indios de Centroamérica*.(pp. 35-98). Tegucigalpa: Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán. Editorial Mafre.
- Hasemann, G. y Lara, G. (1993). Regionalismo e interacción en la Historia Social de la Zona Central. En Carmack, R. M. (Ed.). *Historia Antigua de América Central: del Poblamiento a la Conquista, Tomo I, Historia General de Centroamérica*. Madrid: Ediciones Siruela S.A.
- Hartman, C.V. (1901). *Archaeological Researches in Costa Rica*. Stockholm, The Royal Ethnographical Museum in Stockholm. Stockholm: Ivar Haeggstroms Boktryckeri. A.B.
- Helms, M.W. (1975). *Middle America*. Englewood Cliffs, N.J: Prentice Hall, Inc.
- Hoopes, J.W. (1994). Ceramic analysis and culture history in the Arenal area. En Sheets, P.D. y McKee, B.R. (Eds.) *Archaeology, volcanism, and remote sensing in the Arenal region, Costa Rica*. (pp.158-210). Austin: University of Texas Press.
- Hoopes, J.W. (1984). A preliminary ceramic sequence for the Cuenca de Arenal, Cordillera de Tilarán region, Costa Rica. *Vínculos* Vol. 10 (1-2), 129-147.
- Hoopes, J.W., Salgado, S., Arias, M., Maloof, G., y Aguilar, M. (2009). Informe final Proyecto: Contribuciones a la Arqueología de Suerre. Vigencia 1/03/07 a 15/03/09. Documento inédito, Escuela de Antropología y Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica.
- Hoopes, J.W. and Fonseca, O. M. (2003). Goldwork and Chibchan Identity: Endogenous Change and Diffuse Unity in the Isthmo-Colombian Area. En Quilter, J. and Hoopes, J.W. (Eds.) *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panamá, and Colombia* (pp. 49-89). Washington D.C.: Dumbarton Oaks.
- Ibarra, E. (2003). Gold in the Everyday Lives of Indigenous Peoples of Sixteenth Century Southern C.A. En: Quilter, J. y Hoopes, J.W. *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panamá, and Colombia*, (pp. 383-413). Washington D.C.: Dumbarton Oaks.
- Ibarra, E. (2002) "El despoblado de La Candelaria" en el cacicazgo de Pacaca, Costa Rica en el siglo XVI. ¿La construcción de una frontera? (Consejo Nacional de Concesiones Proyecto Arqueológico Carretera Ciudad Colón-Orotina).
- Ibarra, E. (2001). Política y etnicidad en sociedades en transición en la Zona Sur de Costa Rica, siglos XVI y XVII. *Vínculos* 24, (1 y 2), 121-151.
- Ibarra, E. (1990). *Fronteras étnicas en la conquista de Nicaragua y Nicoya: entre la solidaridad y el conflicto. (800 d.C.- 1544)*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

- Ibarra, E. (1988). El intercambio y la navegación en el Golfo de Huetares (o de Nicoya) durante el siglo XVI. *Revista de Historia*, 17, 35-68.
- Ibarra, E. (s.f). Intercambio, política y sociedad en el siglo XVI. *Historia indígena de Panamá, Costa Rica y Nicaragua*. (En prensa), Washington D.C.: Dumbarton Oaks.
- Jopling, C.F. (1994). *Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII*. Selecciones de los documentos del Archivo General de Indias. CIRMA, Guatemala.
- Joyce, R. (2003). *Mesoamerica: A Working Model for Archaeology*. En Hendon, J. y Joyce, R. (Eds.) *Mesoamerican Archaeology*, (pp. 1-42). Massachusetts: Blackwell Publishing.
- Kirchhoff, P. (1943). *Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y características culturales*. *Acta Americana* 1, 92-109.
- Labbé, A.J. (1995) *Guardians of the Life Stream. Shamans, Art and Power in Prehistoric Central Panamá*. Santa Barbara, California: Cultural Arts Press, BMCA.
- Lange, F.W. (1984). The Greater Nicoya Subarea. In Lange, F.W. and Stone, D.Z (Eds.). *The Archaeology of Lower Central America*, (pp.33-60). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Lange, F.W. (1983). La participación de Personas de Alto Rango Social en el Traspaso de la Cerámica Precolombina de Costa Rica. *Boletín de la Asociación Costarricense de Arqueología*, 2, 22-45.
- Lange, F.W. y Stone, D. (Eds.) (1984). *The Archaeology of Lower Central America*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- León, M. (2009). *Evaluación Arqueológica del Proyecto Condominio Valle del Este. Sitio Arqueológico La Itaba, Sector Ingobo (SJ-LI/Sc Ibo) Lomas de Ayarco, Curridabat, San José*. Manuscrito en archivos del Departamento de Antropología e Historia del Museo Nacional de Costa Rica.
- Leyva, H.M. (1991). *Documentos Coloniales de Honduras*. Tegucigalpa: CEHDES.
- Litvak, J. (1975). En torno al problema de la definición de Mesoamérica. *Anales de Antropología*, 12, 171-195.
- McCafferty, G. (2005). Buscando los Nahuas de Nicaragua ... Encontrando ????. *Memoria del Primer Congreso Arqueológico Centro Americano de El Salvador*. [CD]. San Salvador, El Salvador: Museo Nacional de Antropología.
- McCafferty, G., y Steinnerber, L. (2005). Chronological implications for Greater Nicoya from the Santa Isabel Project, Nicaragua, *Ancient Mesoamerica*, 16(1), 131-146.
- Molina, C. (1993). *Garcimuñoz. La ciudad que nunca murió. Los primeros cien días de Costa Rica*. San José: EUNED.
- Murillo, M. (2009). *Social Change in Pre-Columbian San Ramon de Alajuela. Costa Rica, and its Relation with Adjacent Regions*. Tesis doctoral en Antropología, Department of Anthropology, University of Pittsburg.
- Nalda, E. (1990). ¿Qué es lo que define Mesoamérica? En Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. *La validez teórica del concepto de Mesoamérica*, XIX (pp. 9-19). México D.F.: INAH-Sociedad Mexicana de Antropología.
- Niemel, K.S. (2003). *Social Change and Migration in the Rivas Region, Pacific Nicaragua (1000 BC-AD1522)*, Tesis doctoral en Antropología, Departamento de Antropología, Buffalo, New York.
- Niemel, K.S., Román, M., y Salgado, S. (1997). La migración de grupos mesoamericanos hacia el Pacífico de Nicaragua durante el período posclásico temprano: una revisión de la secuencia cerámica de Gran Nicoya. En Laporte, J.P. y Escobedo, H. (Eds.). *XI Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala*. Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología.

- Peralta, M.M. (1833). *Costa Rica, Nicaragua y Panamá. Su historia y sus límites*. Madrid: Ed. Manuel H. Ginés.
- Pérez, E. (Introd. y notas) (1976). *Nicaragua en los cronistas de Indias*: Oviedo. Colección Cultural Banco de América, *Serie Cronistas N° 3*. Managua: Editorial y Litografía San José, S.A.
- Peytrequín, J. y Aguilar, M. (2006). *Aguacaliente (C-35 AC): Arquitectura, Procesos de Trabajo e Indicadores Arqueológicos de un Modo de Vida Cacical en una Aldea Nucleada en el Intermontano Central, Costa Rica*. Tesis de Licenciatura de Antropología con Énfasis en Arqueología. Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica.
- Piña, R. (1980). *Chichen Itza. La ciudad de los brujos del agua*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Quintanilla, I. y Fernández, P. (2003). Metallurgy, Balls and Stones Statuary in the Diquis Delta, Costa Rica; Local Production of Power Symbols. En: Quilter, J. y Hoopes, J.W. (Eds.). *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panamá, and Colombia* (pp.205-243). Washington D.C.: Dumbarton Oaks.
- Rodríguez, R. y Pagán, J. (2006). Interacciones intervectoriales en el Circumcaribe precolombino: un vistazo desde las Antillas. *Caribbean Studies* 34, (2), 103-143.
- Salgado, S. (1996). *Social change in a region of Granada, Pacific Nicaragua (1000 B.C.-1522 A.D.)*. Tesis doctoral en Antropología, Departamento de Antropología, University of Albany, Nueva York.
- Salgado, S., Niemel, K., Guerrero, E., y Román, M. (2007). Los patrones de asentamiento en los departamentos de Granada y Masaya. *Revista de Arqueología del Área Intermedia* 17, 137-159.
- Snarskis, M.J. and Ibarra, E. (1985). Comentarios Sobre el Intercambio entre la Gran Nicoya, la Vertiente Atlántica y el Valle Central de Costa Rica en Períodos Precolombinos e Históricos, *Vínculos* 11 (1 -2), 57-66.
- Solís, F. y Herrera, A. (2008). *Proyecto Arqueológico Jícaro, Informe Principal de Campo, Ecodesarrollo Papagayo*. Manuscrito en archivos de la Comisión Arqueológica Nacional, San José, el Departamento de Antropología e Historia del Museo Nacional y de Ecodesarrollo Papagayo S.A.
- Solís, F. y Herrera, A. (1992). Lomas Entierros: Un Centro Político Prehispánico en la Cuenca Baja del Río Grande de Tárcoles. *Vínculos*, 16 -17, (1-2), 85-110
- Stone, D.Z. (1977) *Pre-Columbian Man in Costa Rica*. Cambridge, MA: Peabody Museum.
- Stone-Miller, R. (2002). *Seeing with new eyes. Highlights of the Michael C. Carlos Museum Collection of Art of the Ancient Americas*. Atlanta: Michael C. Carlos Museum.
- Steward, J.H. (1948). *The Circum-Caribbean Tribes: An Introduction. Handbook of South American Indians*, Vol. 4 (pp. 1-42), Washington D.C.: Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution.
- Sweeney, J.W. (1975). *Guanacaste, Costa Rica: Ana Analysis of precolumbian ceramics from the Northwest coast*. Tesis de doctorado en Antropología, Facultad de Estudios Graduados en Arte y Ciencia, University of Pennsylvania.
- Vázquez, R., Lange, F.W., Hoopes, J.L., Fonseca Z, O., González R., R., Arias Q., A.C., Bishop, R.T., Borgningo, N., Constenla U., A., Corrales U, F., Espinoza P, E., Fletcher, L.A., Guerrero, J.V., Lauthelin, V., Rigat, D., Salgado G, S., y Salgado G., Ronald. (1994) Hacia futuras investigaciones en Gran Nicoya. *Vínculos*, 18-19 (1 y 2), 245-277;
- Vázquez de Coronado, J. (1964). *Cartas de Juan Vázquez de Coronado*. San José: Academia de Geografía e Historia de Costa Rica.
- Vega, A. (1955). *Documentos para la historia de Nicaragua (CDHN). Tomo IV*. Madrid: Imprenta y Litografía Juan Bravo.

- Valerio, W. y León, M. (2001). *Rescate Arqueológico sitio La Ribera (H-33-LR). Área de Impacto de Planta Industrial El Gallito, Segunda Etapa Terrenos de Tabacalera Costarricense S.A. La Ribera, San Antonio de Belén, Heredia*. Manuscrito en Archivos del Departamento de Antropología e Historia del Museo Nacional de Costa Rica.
- Vázquez, R. y Chapdelaine, C. (2008). Arquitectura, caminos empedrados y cronología del sector principal del sitio Las Mercedes-1, Caribe Central de Costa Rica. *Vínculos*, 31 (1-2), 27-77.
- Weingfield, L. (2009) *Envisioning Greater Nicoya: Ceramic Figural Art of Costa Rica and Nicaragua c. 800 BCE 1522 CE*, Tesis doctoral en Historia, Departamento de Historia del Arte, Emory University.
- Wiley, G. (1959). The "Intermediate Area" of Nuclear America: Its Prehistoric Relationships to Middle America and Peru. *Actas del XXXIII Internacional de Americanistas, Vol 1* (pp.184-191), San José: Imprenta Nacional.
- Wissler, C. (1938). *The America Indian*. New York: Oxford University Press.
- Wolf, E. (1982). *Europe and the People Without History*. Berkeley: University of California Press.